

El francés Gilles Favier es una de las estrellas del festival fotográfico de Valparaíso

Palabra de fotógrafo: “Me parece esencial no ser objetivo”

El multifacético autor trabaja en el diario *Libération*, dirige una agencia, organiza cada año un encuentro internacional y además hace clases.

FABIÁN LLANCA

Gilles Favier ha comentado que su interés por la fotografía surgió de una casualidad: “Fue un golpe de suerte. Yo estaba estudiando matemáticas, pero muy desmotivado. A mi mejor amigo le gustaba la foto y entró a una escuela en Toulouse. Lo seguí, aunque nunca había hecho una foto en mi vida”.

El final de esa historia es que su amigo terminó trabajando en un banco, mientras Favier se convirtió en un respetado fotógrafo. Su trayectoria está marcada por labores periodísticas y proyectos personales. Desde 1982 trabaja en el diario *Libération*, también encabeza la Agencia Vu y dirige el festival de fotografía Images Singulières

Este recorrido será el principal bagaje con que se presentará en la quinta versión del Festival Internacional de Fotografía de Valparaíso, que comienza este fin de semana en el puerto.

—El periodismo y la fotografía de autor parecen disciplinas separadas. En su caso, esa división no existe.

—Ser autor no significa mucho

Los registros de Gilles Favier se catalogan de sociales.



para mí; de hecho cada fotógrafo es un autor. Hablaría más bien de “punto de vista”. Me parece esencial no ser objetivo; tengo un punto de vista y trato de afirmarlo en mi fotografía “social”. Tengo también un “estilo”, si quiere

Favier revela que hace reportajes usando el formato cuadrado de una Hasselblad, cámara de fabricación sueca de exquisita óptica. “Me ofrece una distancia, me obliga a una cierta lentitud y a una demarcación en relación a los otros. No sé si eso es

bueno o menos bueno; soy yo y eso me hace diferente de los otros. Espero”, comenta.

—De sus múltiples roles, ¿hay alguno que prevalece sobre otro?

—No, nada pasa por encima de mis atribuciones. La prensa vive

Diálogos en el Panteón

Gilles Favier figura con protagonismo estelar en el festival porteño. Este sábado tendrá su primer encuentro con el público chileno en el marco de “Diálogos Fotográficos”, en Dinamarca 399, cerro Panteón. El domingo comenzará su taller, que impartirá durante seis días a una decena de fotógrafos seleccionados y que tiene como concepto central la bitácora. Además, el jueves 6 participará en una conversación con otros directores de festivales, como Rodrigo Gómez, de Valparaíso, y Daniel Power, de Nueva York.

un momento de dificultad y eso me parece triste porque para mí una fotografía tiene que pasar por la parte prensa antes de la galería. Tiene que ser accesible, reproducible. No me gusta el elitismo de las galerías, que pueden confiscar imágenes que la mayoría de la gente podría ver. El proyecto del festival toma mucho, demasiado tiempo, y tenemos el importante proyecto “La France vue d’ici” (“Francia vista desde aquí”) que comienza ahora y que va a tomar mucho tiempo.

—¿Qué esperar de su taller en Valparaíso?

—Vivo en una ciudad puerto, donde quedan las bellas trazas de una economía floreciente y trozos de vida en tránsito, llenos de historias potenciales. El puerto puede ser un pivote del trabajo. Tengo en mi cabeza el mito que representa Valparaíso para mí. Espero sobre todo pasión y unas jornadas intensas.



Antonio Gil

Manoseos verbales

LA RECTA PROVINCIA

¿Es que acaso no tienen madre o hijas esos carajetes que hacen ruiditos obscenos con el hocico cuando ven a una mujer sola?

En nuestro país la obscenidad masculina ha rebasado todo límite de decencia y decoro. Y no nos estamos refiriendo, por cierto, al tónico y saludable garabato que, bien dicho, vivifica el lenguaje y las ideas, dándoles un marcado énfasis o creando a veces un clima de chilenezza confianza.

El problema surge en otro frente: en el del palabreo del flaute degenerado y corbata, que bien puede tener cuello y corbata o vivir en Vitacura, embadumando con sus babas frustradas a una mujer que, vestida como mejor le parezca, transita por la calle pendiente de sus cosas, sin deseo alguno de tener que escuchar que un mentecato salido de las cloacas le espete “galanteos” como “quien fuera paco para meterla presa” o “tiene el trasero caído, pero del cielo”, sólo por mencionar algunos que se pueden publicar en este diario.

No nos referimos tampoco a esos elogios caballerosos que, en justicia, cual-

quiera puede susurrar al paso de un portento, ante el cual el silencio se torna imposible, ni a otros cándidos dicharachos relacionados con bombones que ya son un clásico de abueletes tiernos.

El punja, de la clase social que sea, ha desarrollado una rara compulsión de manoseo verbal, de violación lexical, que solapadamente busca la “posesión” de la mujer mediante el habla, su sumisión y su menoscabo. Un asco completo que ha llevado a la creación un “observatorio” por parte de algunas féminas que buscan monitorear esta abominable costumbre y su creciente desarrollo en el tiempo. Nos preguntamos: ¿es que acaso no tienen ruiditos obscenos con el hocico cuando ven a una mujer sola? Para muchos parecerá que exageramos, que le estamos poniendo color a un tema trivial que existe desde siempre. Pues pregúntenles a sus mujeres, a sus hermanas, a sus compañe-

ras de trabajo qué piensan del asunto.

La incontinencia, la falta de gobierno en el hablar, es síntoma de otros problemas que no cabe reseñar en esta columna, pero que son fáciles de advertir: inseguridad, ansiedad, terror a las mujeres de verdad, a las que se quedan y no son sólo fugaces turgencias que pasan. Nos encantaría saber qué haría un pinganilla de esos si de golpe y porrazo una chica en la calle le dijera algo inesperado que lo vejara por dentro. No olvidemos que son hijas, que son madres, que son la esposa abnegada de otro hombre, antes de abrir la boca para farfullar frases repugnantes que nada, pero nada en absoluto, tienen de graciosas. Y tampoco olvidemos que fue una mujer la que nos dio de mamar y nos cambió los pañales cuando estábamos gimoteando una titilante hombría que hoy parece desvanecerse en un grosero desprecio hacia el género de quienes nos trajeron a este mundo.